

SOCIOLOGIA DEL DESARROLLO O SOCIOLOGIA DE LA EXPLOTACION *

James F. PETRAS**

RESUMEN: A partir de una crítica a la identificación del subdesarrollo con el estancamiento, el autor intenta un análisis del proceso de acumulación de capital y la lucha de clases dentro de los regímenes neocoloniales y populista y el papel que en cada uno de ellos desempeña el imperialismo.

Introducción

El problema que las teorías convencionales del desarrollo y que los neomarxistas como Paul A. Baran y Andre Gunder Frank enfocaban desde diferentes perspectivas, era el del crecimiento. En *la economía política del crecimiento, El capitalismo y el subdesarrollo*,¹ el problema central era el estancamiento, la incapacidad del capitalismo para alcanzar altas tasas de crecimiento en las colonias, semicolonias y neocolonias. El argumento se centraba en las razones del «estancamiento económico» para lo cual hacía hincapié, principal-

* Traducción de María del Carmen Graf.

** Sociólogo. Autor de varios trabajos sobre América Latina. Actualmente en la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton.

¹ PAUL BARAN, *The Political Economy of Growth* (New York: 1957) y ANDRE GUNDER FRANK, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (New York: 1967). (Hay versión en español).

mente, en el problema de la extracción de excedente por fuerzas exteriores, su apropiación y su transferencia al exterior.*** Fueron analizados una gran variedad de mecanismos de apropiación de excedente por factores externos: relaciones comerciales, controles financieros y de la inversión, políticas de ayuda, etcétera. Al socialismo se le concibió, primordialmente, en términos de su utilidad como instrumento de desarrollo: el rápido crecimiento y la expansión económica sostenida llegaron a ser la justificación del socialismo. Este enfoque fue significativo ya que comprometió de manera inmediata, a los economistas no marxistas del desarrollo, en la medida en que compartían muchos intereses comunes con los economistas neomarxistas, a pesar de las diferentes orientaciones políticas e ideológicas en que se basaba cada argumento. Esta convergencia entre neomarxistas y teóricos convencionales del desarrollo contenía de manera latente una serie de problemas que aflorarían y los harían separarse a unos de otros en su oportunidad.

Con el surgimiento de regímenes formalmente independientes en el Tercer Mundo, se hicieron esfuerzos para evitar las fluctuaciones económicas extremas resultantes de su dependencia en las exportaciones y de la consecuente inestabilidad política. Tuvieron lugar esfuerzos de diversificación económica (en muchos casos dirigidos por regímenes tradicionales conservadores): hubo políticas de promoción de varios tipos de industrialización, la mayor parte de los casos financiadas y dirigidas desde el exterior. Los resultados de algunos de estos esfuerzos fueron el incremento de la producción industrial, pero no necesariamente de las fuerzas productivas —una parte sustancial de esta «industria»— no es otra cosa sino plantas ensambladoras.

Debido a que este proceso de expansión industrial ocurrió en el Tercer Mundo en distinta intensidad según la época y el país, algunos científicos sociales burgueses, con base en los «datos» de esa expansión comenzaron a cuestionar las premisas y conclusiones de los neo-marxistas: las tasas de crecimiento en algunas de las neocolonias eran equiparables a aquéllas de las sociedades revolucionarias; la industrialización fragmentada e inducida desde el exterior condujo a estructuras de clase que aunque se asentaban en la explotación, eran cada vez más diversificadas. Las fórmulas vagas, como las del «desarrollo del subdesarrollo» de Frank que partían del análisis histórico

*** El consumo conspicuo de las clases gobernantes nacionales y/o las inversiones de capital en el extranjero o en actividades locales no productivas eran considerados como factores que contribuyen al estancamiento.

de sociedades agromineras, adquirieron una elasticidad tal que, si bien daban la apariencia de explicar nuevos desarrollos, no conducían sino a la confusión: aparecieron preguntas claves concernientes a la utilidad de discutir las nuevas empresas industriales y el naciente proletariado en el Tercer Mundo dentro del contexto del subdesarrollo.

¿Y si la trama de la lucha se desplazaba hacia las relaciones de clase, qué tenía que hacer la noción del «desarrollo del subdesarrollo» con la conciencia de la clase naciente y la lucha de clases que no se referían al «desarrollo» sino a las condiciones de la explotación capitalista imperialista? La bancarrota esencial del marxismo-desarrollista se evidenciaba en la multiplicación de los mimbres: la burguesía naciente en el Tercer Mundo recibió el nombre de *lumpenburguesía*; la expansión de las fuerzas productivas fue denominada *lumpendesarrollo*.² en una palabra, la incapacidad para ir más allá del marco de referencia del estancamiento condujo a explicaciones *ad hoc* y a intentos de mistificación mediante categorías que contenían connotaciones despectivas... su valor analítico fue nulo.

Dada la insostenibilidad de este enfoque era inevitable que se produjera una reacción. La *expansión* del Tercer Mundo, y no el estancamiento, era la característica distintiva de la nueva escuela Cardoso, Warren, Emmanuel.³ El capitalismo nacional, la industrialización independiente, el subimperialismo, las neocolonias favorecidas, todo servía para describir las economías del Tercer Mundo en las que el crecimiento era el rasgo fundamental. En este debate, ambos, los que partían de la idea del estancamiento y los que partían de la idea de la expansión, tenían en común una estrecha perspectiva en la que la cantidad de unidades producidas era el punto de partida para organizar sus análisis. Los esfuerzos para fundamentar esta discusión en la estructura de clases condujeron a ejercicios discursivos en los que los mimbres y las prescripciones fueron substituidas por el análisis histórico: los neomarxistas atribuyeron la responsabilidad del estancamiento a la burguesía *compradora*, los terratenientes y la *lumpenburguesía*. Las críticas, sin embargo, diferían ampliamente respecto de quién era el responsable de la expansión,

² ANDRE GUNDER FRANK, *Lumpen-Bourgeoisie and Lumpen-Development* (New York: 1972). (Hay versión en español).

³ FERNANDO CARDOSO, "Dependency and Development", *New Left Review*, No. 74, Julio-Agosto 1972; Bill Warren, "Myths of Underdevelopment", *New Left Review*, No. 81, p. 3-46. Arghiri Emmanuel, "Current Myths of Development", *New Left Review*, No. 85, pp. 61-82.

pues se atribuye el papel de promotor del «desarrollo» a una amplia gama de individuos que va desde la pequeña burguesía hasta los «estados desarrollistas», los poderes militares, las potencias exteriores... o alguna combinación de esos elementos.

La expansión a escala mundial ha sido la característica de nuestra época, si bien el proceso no ha sido tan uniforme como algunos comentaristas nos han hecho creer. De hecho, las crisis recurrentes —recesiones, depresiones y fluctuaciones—, son, desde luego, los mecanismos por excelencia a través de los cuales el sistema económico ha buscado recobrar su dinámica.⁴ El problema, entonces, no es el del estancamiento absoluto sino el de examinar las condiciones bajo las cuales tiene lugar el proceso de acumulación de capital y su impacto en la estructura de clases. El tema en debate ha sido el subdesarrollo y se ha concentrado en investigar cuál sistema social es más conducente hacia el crecimiento y el «desarrollo», para superar el «subdesarrollo». Aunque últimamente se le ha prestado alguna atención a la distribución del ingreso y a las desigualdades,⁵ las fuentes de aquellas desigualdades, sus raíces en las relaciones sociales y en el control estatal, han sido pasados por alto. Ha sido poco analizado el problema de la explotación basada en las relaciones sociales capitalistas o en las formas burocrático-colectivistas del estatismo; las relaciones de clase han servido aún menos como punto de partida para abordar el problema de la acumulación de capital y la expansión.

Las condiciones bajo las cuales se da la acumulación incluyen: a) la naturaleza del estado (y la política del estado); b) las relaciones de clase (el proceso de extracción del excedente, la intensidad de la explotación, el nivel de la lucha de clases, la concentración de la fuerza de trabajo).

El impacto de la acumulación de capital en la estructura de clases incluye: a) la formación y su transformación de clase (de pequeños propietarios a proletarios o kulaks, de proletarios rurales a subproletarios urbanos, de terratenientes a comerciantes, de comer-

⁴ M. C. TAVARES Y JOSÉ SERRA, "Beyond Stagnation: A Discussion on the Nature of Recent Developments in Brazil" en J. Petras (ed.), *Latin America: From Dependence to Revolution* (New York: 1973).

⁵ IRMA ADELMAN AND CYNTHIA TAJT MORRIS, *Economic Growth and Social Equity in Developing Countries* (Stanford: 1973); José Serra, "The Brazilian Economic Miracle" in J. Petras (ed.), *Latin America: From Dependence to Revolution* (New York: 1973).

cientes a industriales, de industriales nacionales a gerentes de plantas subsidiarias de una corporación multinacional... éstos son sólo algunos ejemplos de este rubro); b) la distribución del ingreso (concentración, redistribución, reconcentración del ingreso); c) las relaciones sociales: relaciones del mercado de trabajo (salario «libre», negociación laboral, semicoerción (controles políticosociales y del mercado), coerción (esclavo, peonaje por deudas).

La producción se expande y el crecimiento se da de manera cíclica, principalmente como una función de decisiones externas («demanda») y condiciones internas (clases aliadas con el exterior, estado alienado, movimientos sociales reprimidos).

La acumulación se caracteriza por un desarrollo desigual reflejado en las particulares áreas productivas integradas al mundo exterior y en las agudas desigualdades en el ingreso derivadas de las alianzas de clase con el exterior, del control sobre los recursos estatales, y de los controles coercitivos sobre la clase obrera y el campesinado.⁶

A diferencia de los estudios de la dependencia que se centran en el crecimiento de las fuerzas productivas y en la forma en que los lazos exteriores «bloquean» el crecimiento, la atención en las condiciones de la acumulación y su impacto en las relaciones de clase, nos permite ver más concretamente la naturaleza del estado finalmente involucrado tanto en la acumulación y en la formación de las clases, como en las relaciones internas de clase que surgen de ellas y en el desarrollo del modo de producción capitalista.

Una discusión sobre el imperialismo centrada en las tendencias a la expansión y al estancamiento de éste, pasaría por alto su carácter esencial como una expresión internacional de la misión histórica del capitalismo consistente en desarrollar las fuerzas de producción en concordancia con la lógica de la acumulación de capital; proceso que es, por su naturaleza, desigual, contradictorio y explotador.

El imperialismo ha pasado por tres distintas fases que reflejan tres diferentes estadios del desarrollo capitalista y que corresponden, a su vez, a tres diferentes formas de explotación en la periferia. Durante la primera etapa del desarrollo capitalista (período que abarca el mercantilismo y la industrialización), la periferia estaba sujeta a un tipo de saqueo que semejava substancialmente a la pi-

⁶ Para una discusión informativa sobre acumulación ver SAMIR AMIN, *Accumulation on a World Scale* (New York: 1974). (Hay versión en español).

ratería —la extracción forzada de bienes y servicios a través de controles militares y administrativos—, en tanto que el intercambio económico jugaba un papel subordinado. El proceso de intercambio se realizaba, en gran medida, entre los países europeos: España servía como intermediaria de esta riqueza que provenía de las colonias y se intercambiaba por productos terminados que venían de sus socios manufactureros del norte de Europa. Esta forma «piratesca» de explotación se modificó con el tiempo con la multiplicación de los asentamientos en las colonias, ya que mediante estos asentamientos comenzaron a establecerse relaciones comerciales que, finalmente, llegaron a tomar la forma de relaciones de comercio colonial que sirvieron de base al colonialismo de saqueo. La importancia del colonialismo piratesco radica en el hecho de que ocurre en el primer periodo de la acumulación de capital europea; periodo en el que la transferencia de recursos de la periferia es decisiva para alimentar las máquinas de la revolución industrial. En este caso no se trata de un intercambio desigual; más bien, dado el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en el Occidente, su capacidad de intercambio con la periferia era reducida; y esto lleva a Occidente a emprender una exacción unilateral de ingresos mediante la conquista militar. Las ganancias provenientes de la esclavitud, el oro, la plata, el tributo extraído del comercio y la fuerza de trabajo de la periferia, no contribuyeron al «subdesarrollo» de la periferia; simplemente, diezmaron civilizaciones y poblaciones enteras, especialmente en África y en América Latina, mientras por otra parte sirvieron para financiar la expansión de las manufacturas y la innovación tecnológica en las metrópolis. La creación de un mercado interno en la metrópoli fue posible por la falta de relaciones mercantiles en la periferia: la mera relación de explotación y de saqueo permitía a las metrópolis expandirse intermitentemente, con ciudades y mercados internos en crecimiento que proveyeran de mayores ímpetus a la expansión industrial.

La desaparición de este tipo de colonialismo era inherente a su modo de operación: al terminar la explotación fácil de metales preciosos y de cantidades considerables de fuerza de trabajo. Más importante aún era que el crecimiento de la industria requería de nuevas formas de explotación en la periferia. A principios de la segunda mitad del siglo XIX se modificaron los lazos comerciales entre la colonia y la metrópoli debido al crecimiento de las industrias cuya producción excedía los límites del mercado interno. Tales industrias buscaban incesantemente nuevos mercados exteriores, así como

negocios redituables para su excedente de capital; buscaban también materias primas para satisfacer el apetito de su cada vez más compleja y voraz industria que se diversificaba. Las primeras inyecciones de riqueza provenientes de las colonias durante el periodo del colonialismo piratesco contribuyeron a la exportación de los excedentes de capital en el primer periodo de capitalismo monopolista en la forma de inversión, lo que rindió altas tasas de ganancia para la metrópoli. La salida y entrada de capital de la metrópoli hacia la periferia varió con el tiempo y el lugar pero el proceso de acumulación se hizo mundial. En los últimos estadios del «primer capitalismo monopolista» los mecanismos económicos se extendieron hacia el interior de la periferia: al dejar atrás la simple extracción intensiva de trabajo, la expansión imperialista durante esta fase trajo consigo la tecnología más nueva para incrementar la rentabilidad mediante productividades crecientes, así como para satisfacer las demandas cada vez mayores de las grandes empresas. La extracción de mineral, principalmente las más estrechamente ligadas a las áreas de mayor crecimiento de las economías imperialistas, llegaron a ser objeto de conflicto en la creciente competencia entre las grandes naciones imperialistas. Si la extracción del excedente de la periferia sirvió para facilitar el crecimiento de las industrias en la metrópoli e, inicialmente, para la creación de un mercado interno, en el segundo periodo del desarrollo capitalista el excedente se vinculó a los imperios industriales y sirvió para acelerar la expansión mundial; contribuyó al crecimiento de las corporaciones multinacionales y a la creación del mercado capitalista mundial.

Entre el primer periodo y el último del capitalismo monopolista, se encuentra interpuesta una serie de acontecimientos históricos mundiales: el estallido de la lucha de clases, naciones e imperios a escala mundial, que retrasaron, modificaron y luego aceleraron los patrones de la explotación capitalista mundial. La depresión mundial debilitó los lazos entre el centro y la periferia; la guerra inter-imperialista de los años cuarenta agotó a los viejos imperios y puso en movimiento toda una serie de acontecimientos que culminó con el surgimiento de rebeliones nacionalistas en la periferia. Las revoluciones socialistas en Rusia, China y Cuba delimitaron todavía más las áreas de las operaciones imperialistas. La muerte de los viejos imperios coloniales, sin embargo, dio lugar a una nueva forma de explotación de la periferia, concentrada, inicialmente, en los Estados Unidos y, posteriormente, entre polos imperialistas competi-

dores (Estados Unidos-Europa-Japón). Tanto en términos de la cantidad de los flujos de capital como de las dimensiones de la organización, se hizo evidente la facilidad para mover el capital, dentro de un círculo continuo dentro y fuera de los países. El predominio de la inversión y de los préstamos bancarios, así como la diversificación de la inversión hacían que el capitalismo monopolista de la última etapa se definiese como un nuevo período de la acumulación de capital. La aparición de regímenes nacionalistas no revolucionarios en las excolonias condujo a la colaboración con las metrópolis; la necesidad de materias primas claves en la metrópoli y de invertir en el exterior, así como la búsqueda constante de nuevos ingresos para sostener al estado nacional en la neocolonia dependiente, dieron como resultado la diversificación de la actividad económica dentro de la periferia más allá de los enclaves administrativos y económicos y la creciente integración de una red entera de economías locales que integran a su vez el comercio, la banca, la industria y los servicios. Los mecanismos y el poder mundiales del capital imperialista resolvieron su conflicto latente (y manifiesto) con los estados nacionales recién establecidos mediante varias formas de penetración: asociación entre capitales extranjeros y nacionales, contratos de administración, derechos de explotación de patentes, acuerdos de regalías y licencias. En una palabra, por una parte, la extensión de la red capitalista nos hace creer en la existencia de una mayor estabilidad y consolidación del imperio y, por la otra, nos plantea una amenaza inmediata: al incrementarse la capacidad de decisión dentro de la periferia, mediante su acercamiento cada vez mayor a las redes de la acumulación de poder y capital, se tiende a permitirle a la periferia la observación del funcionamiento interno del sistema, con lo que se sientan las bases para nuevas demandas y redefiniciones de sus relaciones con la metrópoli.

Acumulación de capital — Etapas del imperialismo

<i>Etapas del desarrollo capitalista</i>	<i>Tipo de explotación en la periferia</i>
1. Acumulación primitiva (1500-1880)	a. Colonialismo piratesco: extracción de excedente de la periferia (oro, especies, esclavitud, comercio, productos agrícolas), surgimiento de la industria básica,

expansión de la manufactura y la innovación tecnológica.

2. capitalismo monopolista b. Coloniaje de saqueo:

incipiente (1880-1945)

Exportación del excedente de capital, captura de las materias primas, búsqueda de mercados para el exceso de producción, salida y entrada de capital; aunque las proporciones variaron en el tiempo y en cada lugar, el proceso de acumulación se hizo mundial; expansión del sistema al interior del país, expansión de la producción y la tecnología principalmente en los recursos industriales y mineros, la extracción de excedentes minerales se vincula a los imperios industriales.

3. capitalismo monopolista c. Neocolonialismo dependiente:

«tardío» (1946-1975)

flujo circular de capital dentro y fuera de los países, predominan las inversiones y los préstamos bancarios, diversificación de las inversiones; el Estado imperialista y el Estado neocolonial crean nuevas oportunidades para la producción y mercados para los bienes; la necesidad de materias primas estratégicas y de invertir en el exterior conduce a la diversificación de la actividad económica en la periferia además de los centros administrativos y mineros y a su vinculación creciente con la red entera de las economías locales tanto en el comercio, la banca, la industria, los

servicios; se crea una gran variedad de formas de penetración: adquisición de propiedades por capital extranjero, asociación de capital nacional y extranjero, contratos de administración, explotación de patentes, acuerdos sobre regalías y licencias, acuerdos sobre comercialización y transporte, etcétera.

Las viejas y las nuevas contradicciones

En el periodo anterior al tipo neocolonial de explotación periférica, las formas políticas y sociales de dominación fueron, en gran medida, extensiones de las instituciones metropolitanas. Las excepciones fueron, por lo general, regímenes de colonizadores que, en primera instancia, desarrollaron tendencias autonomistas como punta de lanza para abrir el espacio político y las oportunidades comerciales; la existencia de formaciones sociales preimperiales y de autoridades políticas tradicionales (caciques, funcionarios de las castas superiores) sirvió casi siempre como sustituto de la autoridad imperial dedicada principalmente a la recolección de tributos. El proceso de extracción del excedente fue, por consiguiente, relativamente directo: el funcionario colonial en el interior era el funcionario extranjero en el exterior. La contradicción principal se establecía entre el capitalismo imperialista que extraía el excedente de valor de las clases colonizadas, y éstas; la lucha nacional no estuvo, en gran parte, condicionada por conflictos internos políticos y de clase.

En la etapa neocolonial, la independencia nacional y la formación del estado nacional llevó a la creación de un estrato social situado entre el capitalismo imperial y la fuerza de trabajo. Inducido por una variedad de elementos, inclusive los movimientos políticos, la universidad, el ejército, el servicio público, etcétera, este estrato social surge de los grupos «intermedios» de desposeídos; instalado en la burocracia estatal tiene acceso a los poderes del Estado, incluso a los ingresos y gastos públicos; el impulso a la propiedad privada y a la opulencia mediante la «propiedad» derivada de asociación con empresas de la metrópoli o a través de las direcciones en las empresas estatales, crea, por un lado, las bases para un «conflicto negociado» entre el imperialismo y los estratos sociales nacio-

nalistas, por el otro lado, al ampliar el margen de las relaciones de clase se agrava la tensión dentro de la periferia entre este estrato intermedio y la fuerza de trabajo. La explotación del capital imperialista que se realiza con intervención de las fuerzas de clase internas crea y multiplica las contradicciones al mismo tiempo que las encubre. La política imperialista se orienta hacia la manipulación de los intermediarios nacionales como un mecanismo de defensa, mientras que, por otra parte, el estrato nacional dominante lucha por incrementar su preponderancia social a costa de su propia fuerza de trabajo.

Las alianzas de clase y la acumulación de capital en la periferia

Numerosas estrategias se presentan para las clases intermediarias nacionales dominantes en los países periféricos. Pero antes de discutir las opciones principales abiertas a los estratos dominantes nacionales, vale la pena examinar aunque sea brevemente, tres problemas interrelacionados: las bases sociales del predominio de los nacionalistas sobre los socialistas durante la lucha de independencia y, subsecuentemente, en el periodo posindependiente, así como las posibilidades políticas, sociales y económicas abiertas por la independencia a los regímenes nacionalistas.

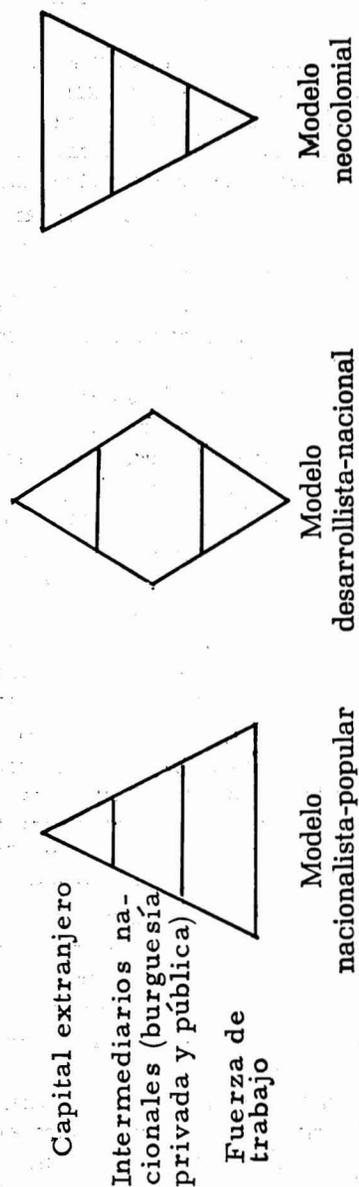
El nacionalismo apareció como resultado del bajo grado de la diferenciación social dentro de las colonias, que condujo a la amalgama de varias fuerzas de clase y preclase. La existencia de campesinos al nivel de subsistencia y su aislamiento de la vida política contribuyeron a hacer la cuestión de la tierra menos apremiante que la cuestión nacional. Como resultado, la organización política quedaba constreñida a la pequeña burguesía urbana, producto de la expansión comercial y administrativa. El predominio de la pequeña burguesía, el escaso número de proletarios y su relativo aislamiento del campesinado, crearon circunstancias en la que la tradición de la lucha de clases era mucho más débil que la política nacionalista. Las grandes concentraciones de pequeños capitalistas urbanos y empleados estatales, por encima y en contra del proletariado industrial, impusieron el tono y la dirección de las políticas de independencia.

En el periodo posindependiente, el nacionalismo se sostuvo, en parte, porque la lentitud de la expansión industrial no favoreció el crecimiento de las clases sociales que pudieran ser más receptivas a

la política de clase. Como resultado de la debilidad relativa del proletariado industrial, los sindicatos fueron absorbidos, en muchos casos, por el aparato estatal, lo que debilitó más la opción socialista. Además de estas medidas organizativas, el estado nacional ha recurrido, irónicamente, a las mistificaciones comunistas y a las lealtades regionalistas para sostener su poder; de este modo, al mismo tiempo que desintegra la fuente de su legitimidad, debilita las divisiones de clase. Paralela a la desintegración nacional, los «nacionalistas» han seguido una política de integración con el exterior, que consiste en implantar en el aparato policiaco y militar la ideología y la orientación de la metrópoli. Estas políticas y adaptaciones estructurales han sido reforzadas por cambios específicos en el modo de la actividad política: desmovilización popular y burocratización de la vida política. La acción política «legitimada» se limita, en gran parte, a la competencia por los empleos en el sector estatal expandido. Donde el nacionalismo en el poder no ha conducido a romper con la mistificación de las relaciones opresivas de clase, el control sobre el *gobierno* ha dado lugar a un gran número de aperturas o posibilidades económicas: los intermediarios nacionales pueden negociar los términos de la dependencia, diversificar las fuentes de la dependencia, incrementar recursos, crear las bases para el desarrollo de un mercado interno a través de gastos sociales e inversiones (estatales), promover la diversificación de la producción, crear las bases para la expansión de la burguesía nacional —sea mediante el estado o el sector privado o ambos— y de la pequeña burguesía (casi siempre funcionarios públicos) y abrir oportunidades para las políticas estatales de desarrollo. Estas posibilidades dependen en gran parte del tipo de alianza de clase nacional e internacional que se forme, así como del poder de negociación de las clases en el interior de la alianza.

El régimen nacional posindependiente puede escoger entre por lo menos tres estrategias o tipos de alianza de clase para su acumulación de capital. En la primera alternativa puede unirse con las firmas y los regímenes imperialistas en la intensificación de la extracción de excedente a costa de la fuerza de trabajo mediante varios tipos de relaciones de trabajo posindependientes, antes descritas bajo el rubro de «neocolonialismo dependiente». Una segunda estrategia para el régimen nacionalista consiste en la extracción de excedente a costa de la fuerza de trabajo y la limitación o eliminación de la parte de ese excedente dirigida a las empresas imperialistas, con lo que lo concentra en las manos del estado y/o de

DISTRIBUCION DEL INGRESO Y ALIANZA DE CLASES



las empresas privadas nacionales. Esta aproximación, que puede ser denominada como nacionalismo desarrollista sin redistribución, conduce a la concentración del ingreso en lo más alto de la jerarquía de las clases nacionales.

Una tercera opción consiste en la alianza del régimen nacionalista con la población trabajadora, la extensión de las áreas de control nacional (mediante las nacionalizaciones), la reinversión del excedente de la economía nacional o la promoción de la redistribución del ingreso en el interior de la estructura nacional de clase.

El tipo de la alianza de clase en el que descansa el régimen nacionalista y la estrategia para la acumulación de capital afecta directamente la distribución del ingreso. La acumulación de capital desde arriba y desde afuera (lo que puede ser llamado el modelo «neocolonial») da lugar a una estructura del ingreso que semeja a una pirámide invertida, con la riqueza y el poder concentrados en las manos del capital extranjero. El esquema de desarrollo de la burguesía nacional que «capitaliza» mediante una élite extranjera y la fuerza de trabajo nacional, concentra el ingreso en el estrato intermedio (que toma la forma de una élite gobernante de la periferia), da lugar a una distribución del ingreso que podría representarse con la figura de un diamante.

La alianza entre los intermediarios nacionales y la fuerza de trabajo, que puede denominarse estrategia «nacionalista-popular», lleva a una sociedad apoyada sobre una base más amplia, en la que el ingreso está más distribuido, se expande más hacia las capas inferiores y toma la forma de una pirámide. (Ver esquema de la p. 39).

Como se indica anteriormente, la lucha contra de la dominación imperialista queda ahora condicionada a una estructura de clase que contiene en sí misma contradicciones, pues como tal es una fuente de explotación. El *esquema* de relaciones de explotación es diferente de una estrategia de desarrollo a otra. En el modelo neocolonial, la burguesía nacional sirve de instrumento para profundizar la explotación imperialista y, por este medio, extraer una parte del excedente para sí misma; ejemplos de este tipo de régimen son Brasil, Chile, Indonesia, Irán, Taiwán, Corea del Sur, Vietnam del Sur. La coerción y la desmovilización popular, el libre acceso a las materias primas, los impuestos y otros «incentivos» para los inversionistas extranjeros caracterizan esta política. Las formas de la explotación conjunta varían grandemente de acuerdo a las diferencias en el poder de negociación entre la burguesía nacional y la burguesía imperialista. Bajo condiciones de un control extranjero

total de la economía, la burguesía nacional obtiene ingresos fiscales. Bajo condiciones de una asociación en la que la mayoría de la propiedad y las prerrogativas de dirección están en manos extranjeras, la burguesía nacional obtiene una parte minoritaria de las ganancias más ingresos fiscales. Cualesquiera que sean las especificaciones, el componente extranjero es claramente el dominante tanto en las relaciones internas como en las externas.

En el modelo desarrollista, la burguesía domina el capital extranjero y explota la fuerza de trabajo nacional. En este caso, la burguesía nacional sirve como instrumento de la «capitalización nacional» pero a costa de la fuerza de trabajo, con lo que concentra el capital en sus propias manos. Este tipo de nacionalismo elitista difícilmente existe como «tipo puro», diferente de los modelos neocolonial y populista, porque la burguesía nacional tiene por lo general una posición débil desde el punto de vista numérico y social. Las iniciativas para esta forma de acumulación de capital normalmente proceden del exterior de la clase burguesa y sus partidos, concretamente, proceden de los militares. Sólo bajo condiciones dictatoriales puede este estrato social estrecho y débil resistir las presiones provenientes de abajo y de fuera y, de ser así, por lo regular no es por mucho tiempo. Por otra parte, existen muchos puntos de contacto entre el modelo «burgués-nacionalista-desarrollista» y el neocolonial; y, en ocasiones y bajo ciertas circunstancias, ambos se aproximan al modelo nacionalista-popular. Algunos posibles ejemplos de este tipo de régimen incluirían: México bajo Echeverría, Venezuela bajo Pérez; Perú bajo Velasco, Argentina durante el segundo régimen de Perón y el primero de Frondizi. El modelo desarrollista parece dar al estado el papel de magnificador de los intereses de la burguesía nacional. En este contexto tiene una doble función: por una parte, es antimperialista y, por otra, impone la disciplina a la fuerza de trabajo. En la práctica, el estado nacionalista-desarrollista intenta redefinir los términos de la dependencia para favorecer el estrato capitalista nacional y reprimir las demandas laborales. Los instrumentos de la política de capitalización de la burguesía nacional incluyen:

- 1) Aumentar los ingresos fiscales crecientes para afectar a la mayoría de los ingresos;
- 2) Aumentar la participación del estado en la propiedad de las empresas hasta controlar la mayoría de las acciones y los derechos de administración.

- 3) Limitar las actividades del capital extranjero al sector externo (comercialización), fragmentar sus operaciones (derechos de exploración, contratos de dirección), limitar su explotación a periodos específicos, limitar su acceso al capital local, dirigir la industria extranjera hacia los mercados de exportación, etcétera.
- 4) La nacionalización selectiva: expropiación por el Estado de empresas particulares, en muchos casos para proporcionar servicios baratos al sector privado.

Sin embargo, el modelo desarrollista, si bien comprime al sector externo, comparte con él el interés de llevar al máximo la explotación de la fuerza de trabajo; de esta manera, se dedica a sostener la producción, la disciplina laboral y la desmovilización popular. El éxito de este tipo de nacionalismo del *establishment* depende de que puedan evitarse las confrontaciones con los sectores externos y la fuerza de trabajo. Las amenazas de cualquier lado pueden obligar a la burguesía nacional a buscar alianzas; sea con los populistas si se ve amenazada por los intereses extranjeros, sea con los grupos imperialistas si se ve amenazada por los izquierdistas. Ya que el surgimiento del nacionalismo pudo haber ocurrido bajo la influencia inicial de las presiones nacionalistas radicales, la tendencia más frecuente ha sido la de conjurar las amenazas mediante una serie de acuerdos externos que corrompen el proyecto de desarrollo nacionalista inicial.

Ejemplos de la alianza nacionalista-populista compuesta por burguesía y pequeña burguesía por una parte, y trabajadores y/o campesinos por otra, que intenta capitalizar la economía con el uso de medidas nacionalistas frente a las empresas extranjeras, del financiamiento estatal y el estímulo a regímenes nacionalistas-populistas, podrían ser Argentina durante el primer gobierno de Perón, 1945-1955, Bolivia durante el régimen del Movimiento Nacional Revolucionario, 1953-1956, Brasil con Goulart, México con Cárdenas. La más notable característica de este tipo de régimen es la frecuencia con la que han aparecido en la periferia, su corta duración como regímenes «nacionalistas-populares» (porque son por lo regular derrocados o transformados en cualquier otra de las dos variantes) y las condiciones coyunturales «especiales» que favorecen la formación de esta alianza (en el caso de Argentina durante la Segunda

Guerra Mundial, con la obtención de ganancias extraordinarias). Una de las debilidades básicas de este tipo de régimen como vehículo para la acumulación de capital se encuentra en sus esfuerzos para eliminar la explotación extranjera sin desarrollar los substitutos adecuados. Después de las primeras medidas redistributivas y después de la euforia inicial respecto a la reducción de la presencia de extranjeros, surge el problema de decidir cuál de las dos clases sociales nacionales dirigirá el proceso de capitalización de la economía: la burguesía nacional o los obreros y campesinos. La burguesía nacional sin sus fuentes externas de financiamiento debe buscar dentro y mediante el estado los medios para promover la acumulación de capital a expensas de la clase obrera. Por otra parte, la participación obrera en la alianza populista no se basa en el cambio de modo de producción sino en el incremento de su consumo: restringir el consumo es, por definición, acabar con el aspecto populista de la alianza. La prosecución de medidas populistas más allá del periodo inicial o la nacionalización de empresas del sector privado nacional para cercar a los estratos de burguesía nacional, aleja a la burguesía y conduce a un modelo alternativo no-capitalista de acumulación.

El ímpetu inicial para la formación de clase —principalmente la acumulación de capital dirigida desde el exterior que se basa en la simple extracción del excedente—, dio lugar a un proceso aún más complejo donde surge una clase dirigente interna con su propio aparato estatal, para intervenir en el proceso de explotación y acumulación. La acumulación de capital en la periferia ha tenido experiencias diversas: los regímenes más efímeros y menos expansivos han sido los más populares y nacionalistas; los menos populares han sido los más expansivos y menos nacionalistas; y los regímenes que han sido nacionalistas pero no populares finalmente se han convertido en cualquiera de los otros dos.

La experiencia histórica reciente sugiere que entre los países capitalistas de la periferia el instrumento más efectivo para la acumulación de capital y el crecimiento es, precisamente, el modelo menos nacionalista y más explotador: el neocolonial o controlado desde arriba y desde afuera. Las condiciones históricas —más específicamente las precondiciones políticas— para este crecimiento, han sido de hecho resumidas en la existencia de regímenes antipopulares dirigidos desde el exterior que en gran parte descansan en alianzas entre las élites militares y las clases propietarias cuya incapacidad para acumular capital las conduce a confiar en el capital

extranjero. El estado imperialista juega un papel fundamental en el cambio de la correlación de fuerzas que favorezca el dominio de regímenes desarrollistas dirigidos desde el exterior. La estrategia ha consistido en el golpe de estado realizado por militares y funcionarios civiles en gran parte reunidos, entrenados y/o financiados por instituciones dependientes del aparato estatal del poder imperialista dominante en su región. El régimen así apoyado por los propietarios y los militares funciona a manera de crear las condiciones que permita el crecimiento industrial inducido desde fuera sin el peligro de nacionalizaciones, demandas salariales o sindicatos autónomos.

Estrategias de desarrollo, regímenes sociales y el papel del estado

La intensificación de las relaciones de explotación inherentes al modelo desarrollista neocolonial y nacionalista (burgués), acelera el crecimiento de las desigualdades económicas y la polarización social. Apenas exista una mínima libertad política, la dirección burguesa para acumular capital da lugar a nuevas fuerzas sociales que dan lugar a movimientos y regímenes nacionalistas-populares o socialistas que deberán de redefinir las relaciones de clase y así echar los fundamentos para una nueva estrategia de desarrollo fincada en reformas redistributivas y en la eliminación de los modelos anteriores.

En este contexto de conflictos de clase latentes y abiertos en las sociedades periféricas, las relaciones imperialistas sirven fundamentalmente para sostener o desequilibrar estos dos tipos de régimen social. Cuando un régimen neocolonial es desplazado por un gobierno nacionalista-popular que interviene seriamente en la capacidad explotadora del capital de las compañías extranjeras, la respuesta imperialista tiende a colaborar efectivamente con las fuerzas sociales y políticas nacionales para acabar con el régimen nacionalista-popular. La nueva orientación se basa en un aparato estatal reestructurado, cuya función inicial consiste en eliminar los obstáculos a la acumulación de capital dirigida desde el exterior («disciplinar a los trabajadores», desnacionalizar las empresas, desmovilizar al populacho, etcétera).

El instrumento fundamental en este proceso de derrocar regímenes, reconcentrar el ingreso y reabrir los canales económicos, es

el estado.⁷ El estado es la unidad fundamental en el proceso de convertir las alianzas de clase en estrategias de desarrollo. La naturaleza social y política del estado en la periferia se entiende mejor a través de su relación con el estado imperialista, cuyo papel y actividades en la formación de los lazos imperialistas, incluye su intervención en la formación del estado en la periferia. El estado proimperialista y burgués en la periferia puede ser estudiado por lo menos desde estos dos puntos de vista:*

1. El papel central del estado imperialista en la creación de condiciones para la acumulación neocolonial de capital.
2. El papel del estado imperialista en la formación del estado en la periferia:
 - a. Construcción del estado en el contexto neocolonial.
 - b. Descomposición del estado en el contexto de regímenes populares nacionalistas o incluso de regímenes nacionalistas desarrollistas.

Para estudiar el imperialismo es útil, pero no adecuado, poner atención en las inversiones privadas, el comercio y las corporaciones multinacionales, ya que estas actividades y organizaciones económicas operan dentro de un universo que no es explicable por el comportamiento y la actividad de estas unidades. Para entender dónde, cuándo y cómo el capital se expande en la periferia en un periodo de trastornos políticos sustanciales y conflictos de clase, se tiene que analizar el papel del estado imperialista. Tres momentos en el movimiento de capital se encuentran profundamente afectados por la actividad del estado imperialista.

- 1) La entrada inicial.
- 2) La expansión.
- 3) La supervivencia.

En cada punto el estado imperialista juega un papel decisivo en la creación de las condiciones para la expansión y acumulación

⁷ Ver el artículo sobre el Banco de Exportaciones e Importaciones en la revista de NACLA de septiembre de 1974, donde se encuentra una interesante discusión sobre una de las agencias del estado imperialismo.

de capital. En el periodo inicial el estado imperialista está sumamente involucrado en un gran número de actividades:

- 1) La "construcción del estado", la creación de la maquinaria formal del gobierno para asegurar las bases para la explotación efectiva; la creación de un ejército importante y una fuerza política en quienes pueda confiar el imperialismo es fundamental.
- 2) Eliminación represión de los disidentes dentro del país periférico.
- 3) Reducir a su mínima expresión la competencia externa.
- 4) Crear la infraestructura económica mediante préstamos y «ayudas».

Aunque no siempre se logre el máximo de los éxitos, sin estas actividades estatales es muy dudoso que las empresas privadas, aún aquellas tan grandes como las compañías monopolísticas, hubieran arriesgado los recursos financieros y la mano de obra que les permitieron convertirse en corporaciones multinacionales.

El empuje inicial del estado echó las bases para los movimientos de capital a largo plazo y a gran escala. La relación entre el estado imperialista y la corporación multinacional, sin embargo, no se limitó a este esfuerzo inicial, sino que fue continua y de gran alcance. El proceso de expansión y de acumulación exigía la elaboración de una red financiera mundial para financiar una gran diversidad de actividades en diferentes lugares. Además de la de construir al estado de la periferia, el estado imperialista asumió la tarea mucho más compleja de modelar un sistema monetario mundial, acuerdos financieros, bancos de desarrollo, convenios de crédito, etcétera, que proveyeron a las multinacionales con capitales móviles para facilitar y acelerar la acumulación de capital e intensificar la extracción del excedente. Las decisiones del alto mando de las compañías para ampliar sus conglomerados estaban basadas en las redes financieras organizadas y dirigidas por el estado imperialista.

Además, la expansión de los lazos imperialistas a los nuevos estados y la extensión consecuente del capitalismo imperialista hacia la periferia, conducen a la transformación simultánea de la estructura de clases y a la polarización de la sociedad. Los pequeños propietarios y los campesinos de subsistencia se transforman en

obreros rurales, o en aparceros o en emigrantes urbanos; las masas urbanas se convierten en trabajadores por día o se concentran en los barrios como desempleados o subempleados. El estado neocolonial (producto de la construcción imperialista del estado) cuya función principal era facilitar la acumulación de capital inducida desde el exterior, se aisló a sí mismo de la masa electoral. La pequeña burguesía (incluso los oficiales militares) y otras clases sociales que podrían desplazarse o aspirar a convertirse en burgueses, al no tener acceso directo ni a los recursos del imperialismo ni a los estatales, resultan ser los detonadores potenciales o reales de un levantamiento nacionalista-popular. Es lógico, entonces, que surja la tercera función del estado imperialista: su papel de "reforzador". Hará uso de la presión militar y económica, directa e indirecta, para asegurar la supervivencia de la corporación multinacional y las condiciones necesarias para la acumulación y la reproducción. Esta función reforzadora del estado imperialista se ha manifestado en una gran variedad de formas, desde la intervención militar directa, el financiamiento de tropas mercenarias, hasta el bloqueo económico y las reducciones del crédito. El poder del estado imperialista ha sido utilizado en contra de los movimientos sociales nacionalistas fuera del poder, así como de los gobiernos nacionalistas en el poder. Ha sido en contra de los gobiernos populistas y los gobiernos democráticos socialistas; en contra de gobiernos electos o no electos. El problema principal del estado imperialista no es la estructura formal del gobierno sino el acceso al excedente internamente generado y la creación de relaciones de clase que faciliten ese acceso.

La intervención del estado imperialista ha sido dirigida contra aquellos regímenes y movimientos que intentan alterar sustancialmente las condiciones de la acumulación de capital imperialista, cerrar las puertas de acceso que posee el estado imperialista dentro de la periferia y crear condiciones para la acumulación de capital nacional. El aislamiento del estado neocolonial, la vulnerabilidad del estado burgués desarrollista y la porosidad del régimen nacionalista-popular dan lugar a un gran número de oportunidades para la actividad del estado imperialista: al primero lo apoya, al último lo "desestabiliza".

El estado imperialista como constructor de estados

En sus términos más amplios, el imperialismo en la periferia ha estado involucrado primero y más que nada en la creación de un

nuevo orden social, en el que las relaciones sociales están unidas a la dinámica de la expansión y acumulación inducidas desde el exterior. El primer problema para el estado imperialista consiste en evitar la decadencia o la desintegración política mediante la creación de un orden político duradero en el que el control social sobre la fuerza de trabajo permita el flujo continuo de capital y la reproducción de las relaciones sociales de explotación. Por eso podemos ver que un número apreciable de agentes imperialistas que van desde las misiones militares hasta los grupos de consejeros universitarios, se dedican en los países periféricos a organizar agencias equivalentes, a manejar programas de selección de personal, así como a establecer intereses comunes a los suyos dentro de la burocracia estatal a medida que ésta se desenvuelve. La enseñanza de técnicas tales como la administración de presupuestos, la planificación y la elaboración de proyectos, se imparte dentro de un sistema ideológico que refuerza los lazos con el exterior. Sin embargo, la construcción imperialista del estado no implica exclusivamente la construcción de cada fragmento de la administración (es decir, la intromisión de agencias imperialistas en las distintas áreas administrativas), sino también la integración del alto mando del estado periférico al proyecto económico global del estado imperialista, mediante acuerdos de desarrollo a largo plazo que incluyen comercio, finanzas y asistencia técnica. La estrategia imperialista consiste, sobre todo, en influir sobre las élites; operación que se describe eufemísticamente como «entrenamiento de líderes». La punta de la pirámide estatal es el objetivo más importante del imperialismo; y dentro de esa pirámide, el ejército y la policía tienen una posición primordial. Las sumas astronómicas de «ayuda» militar durante la Segunda Posguerra introducidas en la periferia fueron, en gran parte, esfuerzos para crear y, posteriormente mantener, la fidelidad servil de los aparatos estatales de la periferia. Independientemente de los orígenes sociales y dentro del contexto de la preparación técnica (profesionalización), el ejército y la policía son grupos fundamentales en la construcción del estado proimperialista en la periferia. Aparte de estas «bases» de la construcción estatal ha surgido una serie de otros programas administrativos ligados al esquema imperialista. Con frecuencia han aparecido intentos aislados de organizar gobiernos parlamentarios neocoloniales, a pesar de que los límites dentro de los que se da la lucha social e ideológica, están bien precisados para aquellos que aspiran a participar.

El origen del estado neocolonial no siempre es la transferencia elitista de poder (de la élite colonial a la nacional). Más aún, el

liderato político nacional enredado en los lazos neocoloniales no siempre carece de una cierta legitimidad derivada de su papel en la «lucha nacional». No obstante que el proceso que ahora discutimos se refiere a la formación y orientación de las instituciones del estado nacional de posindependencia, no se excluye la existencia de conflicto en el periodo anterior a la independencia nacional. En suma, el proceso de la construcción imperialista del estado puede describirse esquemáticamente así:

- 1) asegurar los vínculos con la dirección política, cuando menos, con los dirigentes de la policía y el ejército, aunque no se limita necesariamente a estas áreas.
- 2) extender su influencia a la administración del presupuesto, la economía, la planeación, las obras públicas, en fin, todas las áreas administrativas que afectan directamente las oportunidades económicas específicas para las empresas extranjeras, así como las condiciones generales para la acumulación de capital.
- 3) programas de entrenamiento y misiones técnicas para promover la eficiencia y los vínculos con los niveles medios de la burocracia e institutos de investigaciones que pueden constituirse en fuentes baratas de información y de organización.
- 4) creación de nuevos centros estatales de poder, que incluyen el desarrollo de fuerzas especiales en el ejército, de alianzas militares y regionales y de dirigentes de la economía y de bancos internacionales oficiales con poder para supervisar proyectos.

El problema global de la construcción imperialista del estado, consiste en abrir las puertas a un programa político general que permita evitar el uso de «presiones exteriores»; así como evitar el tener que actuar «desde fuera». Dentro de la periferia, el estado enajenado representa los intereses del capital imperialista en la promoción del crecimiento sobre la base de la explotación de las clases nacionales. Sólo las entradas sustanciosas y continuas de capital y un aparato militar, de policía política y de vigilancia, bien entrenado, puede darle a ese estado alguna solidez.

El estado imperialista como estado disgregador

Las polaridades sociales y la movilización política han acompañado frecuentemente las relaciones sociales de explotación características de la expansión imperialista del capital. Es igualmente necesario observar que, en la periferia, los efectos de exclusión social y contracción económica que provoca la acumulación dirigida desde el exterior, han puesto en oposición a estratos sociales cuya importancia deriva de la cantidad de población que abarcan y su posición estratégica en la sociedad. El proceso de acumulación imperialista conduce a la concentración de la riqueza y abre oportunidades a la pequeña burguesía para la capitalización nacional mediante el control sobre el estado y sus recursos. El surgimiento de movimientos nacionalistas —y hasta gobiernos nacionalistas— abre la etapa de redefinición de las relaciones con el poder imperialista. Por otra parte, por lo regular, controlar el gobierno no es igual que controlar al estado; pues los medios más importantes de producción, así como fracciones importantes del ejército, la policía y la burocracia estatal, poseen todavía por lo menos inicialmente, lazos con las metrópolis y sirven para invalidar las órdenes del gobierno nacionalista. En estas condiciones, el poder imperialista puede buscar renegociar los términos de la dependencia o desarticular el proyecto nacional de desarrollo del régimen mediante diversas medidas y agentes localizados fuera o dentro del estado nacional. Mientras más se enfrente el gobierno nacionalista al proceso de acumulación controlado desde el exterior, más probable será que el estado imperialista se esfuerce en desbaratar al nacionalista. A diferencia del régimen neocolonial en el que la construcción de la nación es clave, con un régimen nacionalista el estado imperialista opera para disgregar al estado; en esos casos la retórica del imperialismo reclama la desestabilización, no la estabilización, de la sociedad periférica.⁸ La «transformación» incompleta de un régimen neocolonial o de desarrollo nacionalista a un estado nacionalista— popular presenta muchas oportunidades para echar atrás los cambios. El Estado imperialista utiliza los lazos financieros y el aparato militar y administrativo —erigidos previamente para promover la acumulación de capital imperialista— con el fin de restringir al estado nacionalista-popular. La coacción financiera y crediticia conduce a la desarticulación de la eco-

⁸ Ver JAMES PETRAS y MORRIS MORLEY, *US Imperialism and the Overthrow of Allende* (New York: 1975). (Hay versión en español).

nomía y la supeditación de la burguesía nacional. Los vínculos con el exterior mantenidos por los militares se refuerzan en el proceso de desintegración del estado. Alejados del proyecto nacionalista-popular del gobierno, los segmentos proimperialistas del ejército sirven como instrumento para derrocar al gobierno, anular los cambios y reconstituir un estado promotor de la acumulación imperialista de capital.

La formación y desintegración del estado son entonces dos procesos fundamentales para imponer las relaciones clasistas de explotación localizadas en la expansión económica inducida por el imperialismo. Sin la intervención del estado imperialista, el estado neocolonial difícilmente se sostendría; sin el estado neocolonial, los conflictos generados por la acumulación imperialista de capital serían incontrolables. Sin el «estado fuerte» la polarización de las fuerzas de clase se movilizarían hacia la izquierda; y la alternativa de una alianza pequeño burguesa conducida por el nacionalismo popular o bien limitaría la capacidad del capital imperialista para extraer excedente de la fuerza de trabajo o bien se orientaría hacia una transformación más profunda de la sociedad.

Más allá de la dependencia y la modernización: políticas clásicas y revolución en la periferia

La teoría de la dependencia describe los cambios en las preferencias del control externo sobre las distintas áreas económicas de la periferia, de la agricultura a la industria, de la industria a la tecnología, en función de la lógica de las necesidades de la metrópoli. La formulación que habla de «nuevas» formas de dependencia presupone que los cambios en las actividades económicas en la periferia son siempre, o comúnmente, el resultado de imposiciones externas. En este sentido, la composición, alianzas y conflictos de clase que subyacen en cada tipo de relación periférica con la metrópoli, aun en casos extremos e indiscutibles, se les considera también como producto de una manipulación a muy alto nivel «desde el centro».

Los cambios en la actividad económica periférica y en las relaciones con las metrópolis son en muchos casos producto del surgimiento de nuevas fuerzas de clase que adquieren poder. El desplazamiento de los intereses de la metrópoli en los sectores agrícola y minero, es en parte el resultado del crecimiento de la influencia de fuerzas sociales nacionales (movimientos campesinos, pequeña bur-

guesía u obreros nacionalistas) y representa un incremento significativo de control nacionalista, aunque no necesariamente una disminución de la explotación de clase; esto es, el excedente de valor que no es apropiado por los sectores controlados directamente desde el exterior, puede ser apropiado por la burguesía nacional o el estado burocrático. Asimismo, el crecimiento del control nacionalista sobre la industria no puede considerarse simplemente como una nueva división internacional del trabajo entre la industria metropolitana de tecnología avanzada e industria periférica de trabajo intensivo (aunque podría convertirse en eso solamente), sino que refleja el crecimiento del poder, dentro de la periferia, de fuerzas sociales (burguesía nacional, pequeña burguesía o clase obrera) deseosas o capaces de dirigir el proceso de industrialización. La apropiación nacional de excedente de valor proveniente de estas industrias *puede* servir para desarrollar formas superiores de industrialización entre las que deben considerarse a las empresas de tecnología muy elevada. El hecho de que la industrialización en la periferia sea por naturaleza incompleta no debería oscurecer la naturaleza del proceso de cambio en la periferia; es decir, no deberíamos ignorar el surgimiento de nuevas fuerzas y alianzas de clase que, además limitan las áreas del dominio metropolitano. Por ejemplo, el surgimiento de un régimen partidario de la reforma agraria y fuertemente intervencionista en el Perú, es el producto de una nueva correlación de fuerzas entre las clases y refleja una nueva constitución del poder clasista que redefine sus relaciones con la metrópoli, diversifica la dependencia con el exterior y constriñe las áreas de operación imperialista. Es absurdo extrapolar vínculos continuos con las metrópolis a partir de estos cambios que, en realidad, resultan de la lucha de clases; y es igualmente absurdo definirlos como una nueva estrategia del imperialismo. Es derrotista describir la pérdida que sufre la metrópoli de influencia concreta, recursos y áreas de operación, como si fueran el costo de algo tan vago como las ventajas de su «futura consolidación».⁹

Al no examinar los cambios en las relaciones de clase dentro de la periferia, los teóricos de la dependencia se incapacitan para explicar los cambios en la naturaleza y forma de las relaciones con el exterior y las posibilidades de cambios futuros implícitos en el proceso de lucha interna.

⁹ Ver ANÍBAL QUIJANO, *Nationalism and Imperialism in Peru* (New York: 1973).

La revolución social no es el producto de las áreas subdesarrolladas de la periferia sino, más probablemente, se inicia en aquellas áreas más penetradas por las metrópolis, donde las relaciones sociales capitalistas predominan y donde la productividad se aproxima a la de las metrópolis. De la misma manera, el crecimiento del nacionalismo en la periferia no es producto de la dependencia por sí misma, sino el resultado de la creciente capacidad de la pequeña burguesía para dirigir y controlar las fuerzas productivas bajo la dominación metropolitana. Es dentro de este vacío entre la capacidad latente y el control efectivo, donde surge el nacionalismo burgués. Entonces, el problema principal en las relaciones entre el centro y la periferia, consiste en la creciente diferenciación social y política y en la *autonomía* de las fuerzas de clase dentro de los enclaves metropolitanos; así como la habilidad de aquellas fuerzas para limitar la capacidad de explotación de la metrópoli. Por lo tanto, el conflicto no se establece entre los países dependientes cualesquiera frente a las metrópolis; mucho menos entre éstas y las vanguardistas antimperialistas localizadas en los hinterland de pobreza extrema «tradicional». El desarrollo de fuerzas nacionalistas y/o revolucionarias en los sectores más productivos de la sociedad periférica sugieren, por lo tanto, que la lucha en la periferia es menos un producto del subdesarrollo y más una respuesta a las condiciones de la acumulación imperialista de capital que, en el caso de los asalariados, se trata de condiciones de explotación y, en el caso de la pequeña burguesía nacional, se trata de condiciones de «exclusión» por la que los capitalistas imperialistas desplazan a la burguesía local en su papel de directores de la acumulación.

Así, acabamos con la mistificación de la noción de dependencia que, tal como ha sido comúnmente discutida, no alcanza a considerar las diferentes formaciones sociales en la periferia y las fuentes reales de apropiación de excedente localizadas en los sectores avanzados, es decir, en los enclaves. La formulación inicial del problema para la periferia no es el de la «dependencia externa» sino el de la explotación imperialista localizada en la estructura de clases en la periferia; y es dentro de esta estructura de clases y en la lucha de clase que ella implica donde este problema debe ser examinado y finalmente resuelto.

Si la contradicción principal entre la periferia y la metrópoli se encuentra en los sectores de enclave imperialista tecnológica y económicamente avanzados de la periferia, entonces la problemática no consiste en la «modernización» sino en la socialización o nacionali-

zación, según qué clase sea hegemónica en la lucha antimperialista. Parece que en la mayor parte de las revoluciones socialistas el ímpetu original, la organización, el liderato y la ideología de la lucha revolucionaria comenzó precisamente en los sectores «más avanzados» de la economía periférica. Así tenemos, en Rusia, el proletariado de Petrogrado dirigido por el Partido Bolchevique; en China, las ciudades costeras; en Cuba, La Habana.¹⁰ Sin embargo, en todos los casos, el éxito de la revolución que comenzó en los enclaves avanzados, dependió de la unión de éstos esfuerzos con el grueso de las fuerzas sociales (campesinos) localizados en las áreas «atrasadas» de la economía.¹¹ El proceso de transformación en la periferia combina dos experiencias distintas pero interrelacionadas: la socialización de la producción en los enclaves metropolitanos y la modernización de las áreas atrasadas. La socialización de la economía no se basa en el nivel de las fuerzas productivas en abstracto (como arguyen los ideólogos soviéticos, los tecnócratas y empresaristas) ni es tampoco creación de la voluntad individual por transformar la conciencia social de los individuos (como algunos socialistas voluntaristas sostendrían) sino que consiste en la transformación de las relaciones sociales en los sectores avanzados de la periferia y en su extensión fuera del hinterland.

La modernización de la periferia bajo el imperialismo fue esencialmente desigual y fue impuesta mediante relaciones de dominación de clase. La introducción de tecnología y organización fue básicamente el instrumento para profundizar la explotación mediante tasas cada vez más elevadas, absolutas y relativas, de extracción de excedente de valor. Esta forma de modernización desde arriba y desde afuera creó relaciones de clase que condujeron a la concentración, organización y politización de fuerzas sociales que se convirtieron en la base de los movimientos nacionalistas y socialistas. Este último se desarrolló, en parte, como respuesta a la naturaleza de-

¹⁰ Para Rusia ver L. TROTSKY, *History of Russian Revolution* (New York: 1959); para China, HAROLD ISAACS, *The Tragedy of the Chinese Revolution* (California: 1961); y JEAN CHESNEAUX, *The Chinese Labor Movement 1919-1927* (California: 1968), pp. 372-412; para Cuba ver RAMÓN L. BONACHEA y MARTA SAN MARTÍN, *The Cuban Insurrection 1952-1959* (New Jersey: 1974).

¹¹ En este sentido rechazamos la tesis de BARRINGTON MOORE, ERIC WOLFE y otros que hablan de revoluciones «campesinas» y describen el proceso de transformación con el concepto de «modernización» en términos de la «modernización» de las áreas subdesarrolladas. Ver BARRINGTON MOORE: *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston: 1966); ERIC WOLFE, *Peasant Wars of the Twentieth Century* (New York: 1969).

sigual e incompleta de la modernización, pero aún más como respuesta al carácter de explotación y discriminación de la sociedad en su conjunto. Continuar la discusión de la naturaleza de la periferia como si su principal problema fuese todavía el de la «modernización», no es sino abogar por relaciones sociales de explotación continuas y ampliadas que ya han sido establecidas en los enclaves.

En realidad, la modernización no es sino un proyecto imperialista: se propone la introducción de nuevas técnicas y formas de organización para profundizar y ampliar las relaciones sociales de explotación desde el enclave hasta el hinterland. Entrar en su problemática para redefinir sus métodos no es sino un esfuerzo de política reformista; en otras palabras, se trataría de mejorar las condiciones de la acumulación capitalista sin afectar los mecanismos esenciales.

El éxito de cualquier esfuerzo de desarrollo nacionalista o socialista no depende de ganar el control sobre el numeroso pero atrasado hinterland, sino en capturar los altos puestos de mando de la economía orientada en los enclaves metropolitanos... esto es, las empresas modernas y productivas en el sector dinámico de la economía que pudieran servir como fuente principal del financiamiento de la expansión económica nacional. La teoría de la «modernización», al localizar la problemática en el hinterland, al poner atención en los problemas del atraso económico de la periferia, al examinar el problema campesino, el de la pobreza o el de los alimentos, como si fueran problemas aislados de los sectores de enclaves dinámicos, oscurece las fuentes esenciales del conflicto entre la periferia y la metrópoli y el punto de partida para el desarrollo nacional.

En suma, la fuente mayor de extracción imperialista de excedente se encuentra en los sectores avanzados de la economía periférica. La organización imperialista de la explotación y las relaciones sociales de producción han engendrado clases sociales antagónicas: la pequeña burguesía urbana nacionalista y/o el proletariado urbano populista y socialista. El crecimiento de las fuerzas productivas en los sectores avanzados de la periferia y su extensión a los hinterland ha incrementado la importancia social de las fuerzas nacionales en la arena política y social, lo que a su vez incrementa su capacidad para rivalizar con la acumulación imperialista. La consumación de una transformación nacionalista, sin embargo, depende de la formación de vínculos con el hinterland. Y esta problemática no siempre ha sido considerada en las etapas iniciales de los regímenes nacionalistas o socialistas. Esto es así en algunos casos debido a los vínculos

estructurales (entre la burguesía y los terratenientes) y, en otros casos, debido a la discontinuidad estructural (los obreros y los campesinos se localizan en formaciones sociales diferentes).

El problema central en la periferia no es, entonces, el atraso y la respuesta no es, por lo tanto, de ninguna manera, la modernización. Tampoco es fundamental el problema del intercambio desigual pues, aunque importante, es secundario. El problema principal lo constituye las relaciones sociales de explotación imperialista y su dominación de los sectores dinámicos de la economía periférica que limitan la modernización del hinterland y determinan los términos de intercambio.

RÉSUMÉ: A partir d'une critique des théories identifiant le sous-développement et la stagnation, l'auteur essaie un analyse du processus d'accumulation de capital, la lutte de classes et le rôle joué par l'impérialisme dans des régimes néo-coloniaux et populistes.

SUMMARY: A criticism on theories identifying underdevelopment and stagnation, followed by an analysis on the process of capital accumulation, class struggle and rol of Imperialism in neo-colonial and populist states.